

BORGES Y FRITZ MAUTHNER: UNA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

Todo lector atento de Borges —y la literatura crítica lo comprueba— es consciente de una serie de preocupaciones recurrentes en sus textos. Partiendo de lo que podríamos calificar de un escepticismo radical, Borges se preocupa, entre otras cosas, por los intentos, con demasiada frecuencia fallidos, de parte del hombre por instituir un orden que haga comprensible el caos universal que nos rodea. Se ha preocupado Borges, también, por la posibilidad de que el mundo sensible carezca de existencia objetiva, independiente de nuestras percepciones, y que no sea sino proyección de nuestras mentes. Se ha preocupado, en fin, por la disolución de la identidad personal, por el fluir lineal del tiempo y, paradójicamente, su recurrencia periódica, su capacidad para repetirse cíclicamente.

En estudio aparte, hemos consignado el hecho de que estas indagaciones sobre temas de índole metafísica sólo adquieren pleno significado en Borges si se leen como si fueran indagaciones no acerca de la realidad, sino acerca de la naturaleza y función del lenguaje y la literatura.¹ Así, por ejemplo, las inquisiciones en torno a la existencia real e independiente de nuestras percepciones del mundo observable habría que leerlas como inquisiciones en torno a la problemática existencia del lenguaje, y del lenguaje literario en particular, fuera de su « percepción », es decir de su *uso*. De igual manera, los cuestionamientos que desembocan en un pansiquismo —« yo », dice Borges, « soy los otros »; el yo individual no existe— hay que entenderlos como si se refirieran a la naturaleza « comunitaria » y despersonalizante del lenguaje y no al mundo « real ». El mismo escepticismo del que parte Borges parece estar estrechísimamente vinculado a la naturaleza arbitraria y falsificadora del lenguaje (« la realidad no es verbal »; « los sustantivos se los inventamos a la realidad »). Si para ordenar el caos circundante nos servimos de un instrumento arbitrario y falsificador como el lenguaje, el « orden » resultante no puede ser sino igualmente arbitrario y falso.

1. *Borges: teoría del lenguaje y la literatura* (tesis inédita), Cambridge (Mass.) Harvard University, 1976, pp. 24-103.

Algunos de los planteamientos que acabamos de citar como sobresalientes en Borges se encuentran como preocupaciones fundamentales en importantes pensadores estructuralistas contemporáneos. Se han intentado trazar lazos de filiación entre Borges y Lévi-Strauss, Foucault, Genette, entre otros. Algunos críticos (William David Foster, por ejemplo) se han preguntado cómo es posible que exista un vínculo de tal modo anacrónico. Pues bien, el vínculo existe, pero no está en la Francia contemporánea, sino en el filósofo del lenguaje centro-europeo Fritz Mauthner, a quien Borges ha leído y releído con enorme interés. Borges cita a Mauthner repetidas veces en *Discusión* (pp. 41 y 165, por ejemplo), y señala una de las obras capitales de Mauthner, el *Wörterbuch der Philosophie* (3 vols., Leipzig, 1923-4), como una de las obras que más ha leído, releído y « abrumado de notas » a través de los años.

Antes de proseguir, convendría aclarar que para el conocimiento de la obra de Mauthner hemos utilizado su *Beiträge zu einer Kritik der Sprache* (3 vols., 3ra. edición, Leipzig, 1923) y la exposición sistemática de su pensamiento en torno al lenguaje que hace Gershom Weiler (*Mauthner's Critique of Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970).

A grandes rasgos, se podría decir lo siguiente respecto de las ideas filosóficas de Mauthner: partiendo del concepto del lenguaje como un sistema arbitrario de símbolos que en nada se parece a la realidad, el filósofo centro-europeo postula, entre otras cosas, la naturaleza metafórica del lenguaje y, por consiguiente, su inevitable tendencia a falsear toda realidad. Como consecuencia de lo anterior, todo sistema que intente explicar la realidad es por esencia defectuoso y arbitrario, y tiende más bien a definirse a sí mismo —a definir la naturaleza de la mente de quien lo hizo (para Mauthner *mente y lenguaje* son una misma cosa)— que la realidad exterior. Gershom Weiler lo sitúa dentro de la línea especulativa de pensamiento acerca del lenguaje que florece en el siglo XIX y que se extiende hasta nuestros días. Por un lado, hace resaltar las semejanzas y, sobre todo, las diferencias entre Mauthner y pensadores tales como Von Humboldt y Marty en el siglo XIX, por otro, los muchos puntos de contacto de su teoría con la de Wittgenstein (quien, considera Weiler, debe mucho a Mauthner) en el siglo actual.

Veamos ahora lo que Borges y Mauthner tienen en común en lo que respecta a sus ideas sobre la naturaleza del lenguaje y su función epistemológica.

Mauthner, explica Weiler, es (como Borges) un escéptico radical (Weiler, *Op. cit.*, p. 3) y considera que todo lenguaje es de índole metafórica. Así, refiriéndose a las enormes limitaciones que imponen nuestros sentidos al conocimiento de la realidad y la naturaleza misma del lenguaje, Weiler resume el escepticismo de Mauthner de la siguiente forma:

Los límites de (todo) conocimiento posible... están determinados por dos factores, por la selectividad extrema de nuestros *Zufallssinne* [nuestros cinco sentidos que ejercen sus funciones a la manera de « ventanas » limitantes, que nos permiten asomarnos al mundo], y por la naturaleza del lenguaje, en especial su incapacidad para referir (designar) con precisión en vez de metafóricamente. La conclusión final es la sencilla afirmación del escepticismo de Mauthner: El conocimiento del mundo a través del lenguaje es imposible... no hay una ciencia del mundo... el lenguaje es un instrumento inútil para el conocimiento (B, XI) (*Op. cit.*, p. 175).

El escepticismo de Mauthner, pues, está fundamentado en dos rasgos esenciales de la naturaleza humana: la limitación ingénita de sus sentidos y la naturaleza misma del lenguaje que usa. Al escribir sobre la naturaleza coartante de los sentidos (del *Zufallssinne*), Mauthner recurre a la imagen de la cueva que Platón emplea en *La República* para desarrollar su teoría de las ideas:

La famosa imagen mediante la cual Platón trata de hacer intuir la imperfección del alma humana es lo que me ha llevado a mí mismo al concepto de los sentidos accidentales (*Zufallssinn*). Lo mismo que los hombres están encadenados en una cueva, y de esta manera ven pasar las cosas (y seres) que pasan frente a la entrada, así también está el alma en la cueva oscura del cuerpo y ve las sombras de las cosas que pasan arrojadas dentro a través de los orificios del cuerpo. Casual (o accidental) es la realidad aparente, casuales también los orificios del cuerpo, casual finalmente la organización de estos orificios: ojos y oídos (B, I, pp. 330-31).

La naturaleza misma de nuestros sentidos —de acuerdo a Mauthner, ya anotamos, el único medio a nuestro alcance para adquirir conocimiento—, pues, nos provee una imagen distorsionada y falsa del mundo externo. En lo referente a lo que ocurre en el mundo interior del ser humano, tampoco existen modos de conocer « ver-

daderamente » lo que sucede. Parafraseando a Mauthner, explica Weiler:

No hay relación de un evento interno que sea verdadera a causa de que el lenguaje que se emplea no es adecuado a la tarea y por ello tiende a implicar incorrectamente (*Op. cit.*, p. 16).

El lenguaje tiende a falsear la realidad interna (y también la externa, puesto que, como ya hemos indicado, Mauthner considera el lenguaje como de índole metafórica) porque un aspecto esencial de su naturaleza lo constituye como un sistema de símbolos arbitrarios que nada tiene que ver con la realidad. Escribe Mauthner al efecto:

Uno de los puntos más importantes de la Crítica del Lenguaje es el hecho de que tenemos conocimiento del vínculo (conexión) o más bien de la falta de vínculo entre el mundo de la realidad y los sonidos del lenguaje. Nunca ha radicado originariamente en los sonidos del lenguaje nada que tuviera relación directa o indirecta con una cosa del mundo real (*B*, III, p. 223).

Y al examinar la noción de las reglas del lenguaje, de la gramática, afirma que el lenguaje no sólo es un sistema arbitrario, sino que ni siquiera posee realidad (existencia objetiva) independientemente de quien lo usa. Así, después de aclarar que nadie domina un lenguaje por completo y que la realidad del lenguaje no se encuentra ni en los libros ni en el « tesoro de formas » ni propiamente en las palabras, Mauthner se pregunta a fin de cuentas dónde reside la realidad del lenguaje, y contesta que esa « abstracción » sólo es real « en el aire. En el pueblo. Entre los hombres » (*B*, I, p. 19):

El lenguaje no es... una herramienta, no es en absoluto objeto alguno, no es otra cosa que su uso. El lenguaje es el uso del lenguaje (*B*, I, p. 24).

y más adelante:

La luz y el aire son comunes a todos los hombres pero son algo, y cada rayo de calor y cada átomo de aire que consume uno le es restado al otro. La luz y el aire son también valores. El habitante de la ciudad los tiene que pagar caros. El lenguaje es sólo un valor aparente.

Es como una regla de juego que se hace tanto más obligatoria cuanto más jugadores se sometan a ella, pero que no quiere ni modificar el mundo de la realidad ni comprenderlo (*B*, I, p. 25).

No sólo es el lenguaje un sistema de símbolos arbitrarios que falsea y distorsiona la realidad externa e interna, que carece de exis-

tencia real cuando no está en uso y que es inútil como instrumento de conocimiento de cualquier aspecto del mundo, sino que, como ya aludió Mauthner en la cita anterior, tiene un aspecto de índole comunitaria. Habría que aclarar, antes de proseguir, que en ningún momento el filósofo centro-europeo postula la negación categórica de la personalidad individual al escribir sobre lo que hemos llamado « naturaleza comunitaria del lenguaje ». Pero, como veremos en seguida, la idea de un pan-psiquismo se desprende por su propio peso de las indagaciones que hace Mauthner en torno al aspecto comunitario de todo lenguaje.

Mauthner, explica Weiler, intenta investigar cómo es que la gente se entiende por medio del lenguaje: la psicología de la comunicación. Bajo la influencia de Wundt, Mauthner divide la psicología en psicología individual y psicología social. Escribe Weiler:

La memoria sólo es posible en el individuo, y por ende resulta sin sentido hablar de los fenómenos de la memoria o de los índices de la memoria como si ocurrieran en un grupo. Esto es así, sin embargo, siempre y cuando concibamos la memoria como actos de recordar. Porque hay también un dominio de unos llamados « fenómenos de la memoria inconsciente », y por éstos Mauthner se refiere a residuos institucionalizados de memorias individuales, tales como la religión, la moral y el lenguaje. De este modo, Mauthner postula que aunque los eventos mentales no pueden ser de modo alguno sociales y siempre ocurren en el individuo, ciertamente permanece en el lenguaje una memoria colectiva (Mauthner no usa el término jungiano) y por lo tanto el lenguaje es una expresión del espíritu del grupo (*Op. cit.*, p. 53).

Desde este punto de vista, pues, el lenguaje arrastra consigo tiempo, recuerdos ajenos, y es, además, un índice de memorias, un catálogo de experiencias.

Al interrogante de cómo es posible que diversos individuos se entiendan, se comuniquen, Mauthner responde aludiendo al presupuesto de un pasado compartido implícito en el lenguaje. Afirma Mauthner:

Las palabras solamente tienen un sentido para aquél que ya posee su contenido de representaciones; y de la misma manera, la gramática de una lengua es comprensible por completo para aquél que no la necesita porque entiende la lengua (*B*, I, p. 23).

Sobre esta noción, comenta Weiler:

Los dos aspectos de la noción de Mauthner del significado dependen una de la otra, puesto que lo que hace que las palabras y las locuciones tengan *más* o *menos* significados establecidos depende de la semejanza de las experiencias sensoriales de los seres que usan el lenguaje. Estos (seres) por decirlo así, « socializan » (*communalize*) sus experiencias por medio del lenguaje. Ellos no pueden brindar a los otros accesibilidad directa a sus experiencias por medio del lenguaje, sino que meramente usan el lenguaje para dar indicios de sus experiencias, sólo para indicarlas y para evocar en los otros experiencias semejantes por medio de estas « fichas » que se emplean en el juego establecido por el uso del lenguaje. Sólo aquéllos que comparten una estructura psicológica semejante con aquéllos que usan un lenguaje, pueden entender ese lenguaje (*Op. cit.*, p. 125).

En la explicación precedente tenemos dos concepciones del lenguaje que, si bien diferentes, se complementan entre sí: por un lado, los seres humanos usan el lenguaje para « socializar... sus experiencias », el lenguaje es, pues, un receptáculo de memorias individuales que con el tiempo se tornan en memorias comunes, y para la comunicación, por lo tanto, se requiere —como ha dicho Borges— un « pasado compartido »; por otro, ese mismo sistema de conversación común (el « lenguaje ordinario », lo llama Mauthner) impide toda transmisión eficaz de lo que en última instancia pensamos y sentimos. Así lo explica Weiler:

El lenguaje ordinario nos puede engañar puesto que no hay refinamiento de la terminología que pueda alterar sus rasgos básicos, a saber, que (el lenguaje) asume que se puede compartir lo que es fundamentalmente no compartible: la experiencia sensorial (*Op. cit.*, p. 135).

Estas consideraciones conducen a Mauthner a la ya mencionada posición que consiste en un escepticismo radical. Al rechazar la validez científica de las reglas gramaticales, escribe Mauthner:

Una gran biblioteca pública se ordena entre nosotros usualmente por autores y siguiendo el alfabeto alemán; de igual forma se podría ordenar por la secuencia de cualquier alfabeto siguiendo los objetos tratados; y así también de centenares de maneras distintas. Y sería siempre la misma biblioteca, y sería siempre igualmente utilizable con tal de que el esquema de distribución le fuera familiar al público. Exactamente igual me parece que ocurre con el orden del saber en toda cabeza humana, sólo que ciertamente el esquema de distribución de las percepciones hu-

manas, a saber el lenguaje, rinde más de lo que rinde el catálogo de una biblioteca. El proceso, sin embargo, es el mismo. Cuando aprendemos de niño nuestro vernáculo acogemos un casillero para todas las notas concebibles que tomaremos durante nuestra vida; tomamos de nuestros antepasados su catálogo del mundo, fragmentario, provisional y popular, para llenar después las casillas con nuestras experiencias. Este catálogo del mundo, fragmentario y científicamente del todo insuficiente, es toda la inteligencia que poseemos; es todo nuestro poquito de razón humana. Es completamente insuficiente para los repetidos intentos de conocimiento del mundo de la realidad, pero considerado en sí mismo es una obra enorme, el trabajo común de miles de millones que han vivido antes de nosotros y, por eso, para nosotros (B, II, pp. 66-67).

Pero aunque todo intento de organización de experiencias sea arbitrario y, por lo tanto, falsee la realidad, algo puede comunicarse. Lo que se comunica resulta de las repercusiones que tengan las palabras en la mente de los escritores y lectores. No podemos transmitir nuestra experiencia con precisión; podemos usar palabras que *aludan* a ella y que despierten memorias acaso análogas en la inteligencia de quien escucha o lee. Comenta Weiler:

Mauthner concibe las palabras como huellas de experiencias impresas en el sistema nervioso, como memorias de movimientos « pasados » (anteriores) en el organismo (*Bewegungserinnerungen*) (B, I, p. 509). El hecho de que las palabras estén de tal modo vinculadas a experiencias individuales implica que, en el dominio público, cualquier palabra está relacionada con un número infinito de experiencias individuales y sirve como un índice para todas ellas. Pero, como es del todo imposible que una palabra constituya una expresión adecuada de experiencias múltiples y, en cierto modo, diferentes, sólo queda o bien un residuo confuso o bien unas asociaciones históricamente condicionadas que están atadas a la palabra (*Op. cit.*, p. 137).

Afirma Mauthner:

Si mis pensamientos fundamentales son correctos, entonces la palabra es de por sí tan oscilante, temblorosa y tan flotante que no ofrece en absoluto contornos fijos. Cada concepto es un *à peu près*, y este defecto se hace más fuerte de manera natural acrecentándose enormemente mediante las combinaciones del lenguaje en oraciones (B, I, p. 109).

Así, la vaguedad implícita en toda palabra convierte el lenguaje, por necesidad, en sólo apto para evocar sentimientos y estados de

ánimo y no para describir y hacer afirmaciones categóricas sobre la realidad:

...el lenguaje es un hermoso medio artístico pero una miserable herramienta del conocer (B, I, p. 93).

Y más adelante:

Las palabras nunca engendran conocimiento, son tan sólo una herramienta de la poesía (B, I, p. 151).

Después de este breve recuento de las principales ideas de Mauthner acerca de la naturaleza del lenguaje y de su función, debería quedar en claro cuán cercanas son de los más importantes postulados de Borges sobre la misma materia. Uno y otro comparten un escepticismo radical. En el caso del Mauthner, esta postura escéptica lo conduce a un severo análisis de las posibilidades, o más bien, las imposibilidades cognoscitivas del lenguaje, su inutilidad para la obtención de un conocimiento exacto de la realidad. En el caso de Borges, el escepticismo lo lleva a estructurar una teoría de la literatura.* Ambos comparten, también, la concepción del lenguaje como un sistema arbitrario de símbolos del cual el hombre se sirve para construir estructuras que él considera reflejo y explicación de la realidad cuando no son esas estructuras menos arbitrarias y falsificadoras de la realidad que el sistema que se empleó para construir las: el lenguaje mismo. Comparten, además, la concepción del lenguaje como un « archivo mnemónico » —para emplear una frase de Borges—, un catálogo de experiencias que arrastra consigo tiempos personales e históricos lejanos y que tiende a borrar, al constituirse como un sistema « público » de comunicación, los confines de la personalidad individual. Comparten, en fin, entre otras ideas, la concepción de que el lenguaje sólo puede aludir a lo que sentimos y que sólo podemos transmitirlo sirviéndonos de las imágenes asociativas de los demás seres humanos. Así, lo que podemos transmitir tendrá siempre un elemento de incertidumbre y de duda y será, también, aproximativo, plástico y ambiguo. Es esa cualidad del lenguaje, señala Mauthner, y repite Borges, lo que lo hace especialmente apto para el aproximativo, plástico y ambiguo mundo de la poesía.

ARTURO ECHAVARRÍA FERRARI
Universidad de Puerto Rico